

Rosa Bilbao Díaz

I-1989 (Accésit)

Nacida en Portugalete (Vizcaya) en 1948.

Doctora en Filosofía de los Valores por la Universidad del País Vasco.

Según cuenta, el premio conseguido en la primera convocatoria de este concurso de narrativa *Pedro de Atarrabia* en 1989, le motivó enormemente para proseguir sus estudios. También sus colaboraciones en «El Independiente» y «El Mundo del País Vasco».

Fue notoria su tarea desarrollada en la investigación antropológica titulada «Personalidad étnica Vasco-Navarra», 1993-1994.

Actualmente cursa sus estudios para la consecución del Master de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Chapel Hill, en Carolina del Norte (EE.UU.).

UNA ENIGMÁTICA SONRISA

I



¡Cuánta razón tenía su madre! ¡Cuánta! Todavía recordaba sus palabras al salir de casa. Se acabaron las cabalgadas, Marina, los correteos y todas esas libertades que no sé cómo ni por qué te consentimos. Quisiera, pero no puedo arrepentirme de haber permitido que tu padre te instruyera como hoy en día los nobles educan a sus hijos. Eres su niña pequeña, su niña mimada, y también la mía. Ahora cuando te escucho hablar con la misma desenvoltura que tus hermanos, comprendo mi error. Hace ya tiempo debí prohibir que compartieras su educación, mas es ya tarde para lamentos. Afortunadamente también te enseñé todas las cosas que una mujer debe saber. En adelante deberás dedicarte únicamente a ellas. Y no olvides nunca lo que ahora te pido: prudencia. Sólo eso, Marina. No opines nunca: tú calla y escucha. Habla sólo cuando te pregunten. No contradigas jamás a tu marido; es más debes acatar sus deseos y obedecerle siempre. Tienes un gran esposo, quiérelo, trata de hacerle feliz. Cuida bien de tu casa y de las gentes que en ella viven. Al principio te costará un poco, pero verás como luego, a la larga, estarás orgullosa y contenta de los resultados que consigas.

A pesar de los consejos de su madre, desoyéndolos, Marina ordenó personalmente a su criado preparar su montura. No creía necesario avisar a nadie más de su ausencia, puesto que sólo quería dar un corto paseo. Temía que si alguien de la casa se enteraba

trataría de impedirlo. O lo era aún peor, su esposo la haría acompañar por alguno de sus hombres. Marina acariciaba suavemente su hermoso caballo, tratando de calmar su nerviosismo, mientras Igor, con su meticulosidad acostumbrada, se esforzaba en asegurar la cincha de la silla. Una enigmática sonrisa atravesó su rostro mientras ponía el pie en el estribo y tiraba con decisión de las riendas. Nada, ya, podría detenerla: ni los campos y caminos embarrados, ni el horizonte oscuro y amenazador, ni el monótono sonar de la lluvia estrellándose contra el suelo. Llevaba tres meses soportando el mismo tiempo. Tres meses lloviendo sin cesar, sin parar un sólo día. Los había ido contando uno a uno. Ya no podía más. No importaba que su esposo se enfadara; que la riñera con cariño al verla volver empapada a casa; que la tachara de imprudente o alocada. Necesitaba ver de nuevo los campos, llegar hasta el mar, observar desde el acantilado el horizonte. Respirar, sentir la brisa golpear su rostro, revolver su cabello.

Se diría que Brisbak intuía sus deseos. Seguía con su rápido paso el difícil trazado del sendero, soslayando barrizales, charcos y zarzaleras. Nadie, no se veía ni un alma.

Marina entonaba en voz baja su melodía favorita. Pocas veces, tras su casamiento, había podido saborear tan a fondo la soledad, la libertad, el silencio. Sus tres grandes amigos, sus mejores aliados. Sí eso era lo que más añoraba desde que salió de la casa de sus padres. Una de las pocas cosas que no había podido, aún, superar.

No, no la había olvidado. Ante ella solía aparecer su imagen grave y serena. La acertada disposición de la piedra, su relieve. El sobresalir de su torre. La soledad de la parte destinada a la vivienda. El jardín surcado de setos daba paso a una amplia panorámica que, perdiéndose en el horizonte, permitía la visión de verdes campos y fértiles tierras. La disposición trasera de los corrales, cuadras y caballerizas. La higuera plantada en una esquina de la huerta. Los frondosos árboles que partiendo de ambos lados de la casa se extendían hasta la muralla de piedra que rodeaba el vasto recinto.

Fueron sus hermanos quienes la enseñaron a montar, impulsándola con tiento hasta el centro de la silla; a dominar el caballo,

a ganar su confianza, a perderle el temor, el respeto. Despacio, con cuidado, al principio la velocidad, las imprudencias vendrían luego, cuando Joan y Xacobo aburridos de la novedad de su hazaña la olvidaran, realizando vertiginosas galopadas por parajes todavía desconocidos para ella. De poco servía que les gritase con todas sus fuerzas; hasta acabar su carrera, hasta llegar al límite fijado, sabía que no volverían a buscarla. Prefería estrellarse, saltar por los aires, a quedarse allí sola oyendo el crujir de las ramas, el lúgubre ulular del viento. A su imaginación acudían, entonces, las horribles historias de sorguiñas que su ama Tomaxa, con gran misterio, relataba a las criadas en las oscuras tardes de invierno. De ahí su habilidad consumada de diminuta amazona.

Sumida en tales pensamientos tomó sin percatarse el sendero de la derecha, mientras la lluvia resbalaba con persistencia y suavidad a lo largo de su capa. Un fuerte olor a pino le anunció la proximidad del cerrado bosque. De pronto reparó en que había tomado equivocadamente el desvío propiedad de sus vecinos, los Mújica, enemigos mortales de su marido. Mas tratándose de un camino secundario y lindante con sus tierras, decidió que no había peligro en proseguir adelante. Si su esposo supiera que estaba allí, en terreno enemigo, sola y chorreando agua, oirían sus juramentos desde el otro extremo de la Villa. Mas quién iba a informarle si por allí no se veía ni un alma. Fustigó con energía a Brisbak obligándole a acelerar el paso. Ya faltaba poco, percibía el peculiar olor del mar, su mezcla de yodo y salitre. Veía la inmensa masa gris metálica y compacta, contenida por el imponente marco de los inacabados montes. El vaivén incesante, salpicado de espuma, de las olas. Según se acercaba oía con mayor nitidez su profundo bramido, su llegada triunfante, su furioso golpear con monotonía irritante el indefenso e impávido acantilado. Allá a lo lejos, la paz: el mar y el horizonte confundidos y serenos; indistintos por un instante, hermanados por un tenue, fugaz y mágico beso. El relincho cercano de un caballo hizo que se sobresaltara desviando la atención hacia su dueño. ¡No lo podía creer... dudaba que su visión fuera cierta! Allí, a pocos pasos de ella, se encontraba en persona el poderoso Señor D. Munio de Mújica, Conde de Plencia. Sí, no cabía la menor duda, y por su cara de asombro dedujo Marina que

él también la estaba reconociendo. Calculó con rapidez sus posibilidades. Era inútil tratar de huir: el precipicio le cortaba la salida por delante; por detrás, D. Munio. Este, leyendo sus pensamientos hizo retroceder su montura, a la vez que con cortesía la saludaba.

–¡Doña Marina de Barrica! ¡Es un gran honor que tan hermosa dama se digne visitar mi feudo! Pero decidme: ¿qué diablos haceis aquí, sola y con este tiempo?

–¡Don Munio! –exclamaba sorprendida Marina buscando una respuesta que no delatara sus pensamientos– hacía un alto en mi camino, descansaba de mi largo paseo.

Ya veo –añadía incrédulo D. Munio adivinando que le estaba mintiendo– ¡Supongo que será este magnífico tiempo lo que os habrá animado a emprenderlo!

Marina intentando salir airosa del aprieto decía en tono de excusa: ¡Podría alguien quizá conocer los motivos que se esconden tras cada uno de sus actos!

Estáis seguro –preguntaba ya más tranquila– porque yo suelo pensar que lo que a primera vista parece tan claro, es, quizá, algunas veces, lo más intrincado.

–No os negaré que lleváis parte de razón –asentía D. Munio encantado del rumbo que la conversación iba tomando– pero presumo que una dama como vos, con seguridad, debe conocer los motivos a los que obedece su comportamiento...

–En efecto, D. Munio –alegaba Marina alzando altivamente su esbelto cuello– más ello no significa que necesariamente deba así... de primeras... compartirlos.

–Lo comprendo, lo comprendo –enfatizaba D. Munio asintiendo con la cabeza– perdonad si he sido indiscreto, más sólo quería comprobar si lo que de vos dicen es cierto.

–Por Dios, D. Munio –dramatizaba Marina acercándose de nuevo al acantilado– ¿Y se puede saber qué es lo que de mi dicen?

–Pues veréis –esta vez era D. Munio quien medía con cuidado sus palabras– por ahí se dice, cuentan... que tenéis raras costumbres, que investigáis cosas extrañas... que frente al mar, como cuando yo llegué, permanecéis...

–Ensimismada –inquiría Marina interrumpiendo su discurso– ¿Y dais crédito, en verdad, a lo que la gente habla?

–¿Y por qué no? –contestaba con firmeza– razones tengo para ello. Yo mismo hoy he sido testigo de que es cierto lo que dicen. Y es más, ¿qué razón tenéis para ocultarlo si en ello ningún mal existe?

–¡Así que vos creéis, exclamaba agradecida, que es correcto que una dama se distraiga haciendo cosas que para nada sirven! Está bien, ya que así pensáis, os diré de una vez lo que aquí hacía– y abarcando el firmamento con su mirada refería–: ver correr las nubes, adivinar el horizonte, seguir el intrincado rumbo de las olas, intentar comprender el monótono y confuso destino de las cosas!

–¡Me lo imaginaba! –decía con satisfacción D. Munio–. Interesante aunque difícil labor la vuestra. Mentes preclaras han dedicado su vida a ello, siendo bien pobres los resultados obtenidos.

–¡No tan difícil D. Munio! Claro o confuso el destino de los seres es, al final, para todos el mismo. Cosa distinta es que cada uno viva de diferente forma su tiempo. Y hablando de tiempo, D. Munio, excusadme, pero el mío, por ahora, se acaba. Debo regresar a mi casa antes que descubran mi ausencia.

–¡Gran pena es, en verdad, –aducía envolviéndola en su seductora mirada– no poder continuar departiendo con vos! ¡Pero mirad, ha cesado de llover! Supongo me permitiréis escoltaros hasta el comienzo de vuestras tierras. No hay que confiarse, hoy en día los caminos están llenos de salteadores y bandidos.

–Creo que exageráis, D. Munio –le replicaba con aplomo– vos sabéis tan bien como yo, que las principales rutas están controladas por vuestros hombres y los de mi marido.

–No debéis confiaros –insistía D. Munio– y menos cuando se trata de senderos tan apartados y solitarios como éstos. Pero aún no contestásteis del todo a mi pregunta: ¿Cómo llegásteis hasta aquí?

–Debo confesar mi error, D.Munio, me equivoqué de camino. Espero que no toméis a mal mi intromisión en vuestras tierras.

–Al contrario –alegaba con orgullo– ha sido un gran placer poder hablar con vos. Si no tuviéseis prisa, a gusto continuaría disfrutando de vuestra compañía.

–Otra vez será, D. Munio –se excusaba sonriendo Marina– seguro que tendremos ocasión de continuar nuestra conversación algún día.

Marina espoleó con decisión su caballo, al tiempo que agitaba su mano en señal de despedida. Una breve inclinación de cabeza fue la respuesta de D. Munio mientras la observaba alejarse en su montura.

II

Un trote ágil, ligero, puso al corriente a Igor de la llegada de su ama. No fue preciso que la ayudara, Marina, adelantándose a sus intenciones, desmontaba de un salto, entregándole el caballo para que lo guardara.

–Tenéis visita señora, –le anunció con cara preocupada– vuestros primos y otros nobles se encuentran con nuestro señor reunidos en la casa. Mirad, allá al fondo he dejado sus monturas.

Gracias Igor, muchas gracias.

Con paso rápido atravesó el patio en dirección a la zona que daba acceso a la vivienda. Subió con calma los escalones escuchando con atención los ruidos familiares de la casa. Con suavidad, abrió la puerta de su aposento. De espaldas, intentando poner orden en sus cosas, encontró preocupada a su doncella Blanca.

Menos mal que aparecéis señora, os he estado buscando toda la mañana. Vuestro esposo quería veros, han llegado huéspedes y os están esperando en la sala.

Lo sé... lo sé, mas no os inquietéis, Blanca. Ahora mismo bajo a recibirlos, pero primero necesito que me ayudéis a quitarme toda esta ropa mojada. ¡Ah! Preparadme el vestido de seda azul, mientras me recojo el cabello y me arreglo la cara.

No había terminado aún de bajar la última escalera cuando oyó la voz recia de su marido llamándola:

Marina, por Dios, dónde diablos estábais... a prisa, preparad algo de beber y traedlo a la sala.

Con prontitud dispuso lo que D. Diego la ordenaba. Cuando se cercioró de que todo estaba correctamente preparado se dirigió con su criado a la sala. Antes de entrar, golpeó con discreción la puerta. ¡Sí, allí estaban, entre otros, los nobles más importantes de la comarca! En primer lugar, disfrazando su carácter dominante y agresivo tras amables y moderados gestos, se encontraba el Señor de Butrón, D. Iñigo, primo de su marido. A la izquierda, su brillante e instruido hermano, D. Pedro, uno de los prebostes más importantes en Vizcaya de los Reyes de Castilla. En el centro, con el entrecejo fruncido y mirada pensativa, su esposo, D. Diego Lope de Ugarte, Señor de Sopelana y Barrica. Más alejado, enhiesto y atusado, el orgulloso y distante D. Martín de Bilella, Señor de Munguía. La conversación cesó de pronto ante la llegada de Marina.

Ruego excuséis señores mi tardanza en daros la bienvenida, pero labores retrasadas, a mi pesar, me retenían. Podéis continuar si os he interrumpido. Sólo quiero comprobar si estáis bien atendidos.

Los primeros en acercarse fueron sus primos. Después D. Diego fue nombrando al resto de caballeros allí presentes: D. Lope García de Yarza, D. Tristán de Alday, D. Pedro Ibáñez Díaz, D. Ochoa de Hormae. Marina conociendo sus gustos les obsequió con lo mejor que tenía: vino de Haro. Con cuidado lo fue vertiendo en abundancia en austeras y pesadas copas de plata. D. Diego, cumpliendo su papel de anfitrión, con la copa en alto,

propuso brindar a la salud y amistad de los allí reunidos. Marina, en silencio observaba y escuchaba lo que allí se hablaba.

Un breve escalofrío recorrió su espalda mientras se dirigía a la cocina. ¡Así que era eso lo que querían! ¡Debía haberlo pensado, podía habérsele ocurrido! Llevaban cinco años demasiado tranquilos. Cinco años ya, desde la última contienda con D. Munio. Marina lo recordaba vagamente, tenía quince años... casi una niña. Hacía tan sólo un mes que se habían celebrado sus esponsales con D. Diego. Un mes, contando los tres días largos que duró la espléndida fiesta que sus padres organizaron para festejar sus nupcias. Tres días de angustia y miedo. Tres días soportando la mirada profunda y triste de Fortún de Salazar, su tierno y maravilloso amigo. Tres días teniendo que contemplar cómo, poco a poco, se iba desplomando, destruyendo. Tres días rehuyendo la presencia de su marido. Cómo la podía afrontar sin dañar a Fortún, sin exponerse a sus celos, a su ira. ¡Qué poco la conocía, qué poco sabía de los hombres, de la vida! ¡Pobre Fortún, se sentía tan ridículo, tan pequeño! Sólo quería desaparecer, que le tragara la tierra, que acabara aquella farsa de una maldita vez. Nunca haría nada que la hiciese sufrir, sentirse desgraciada. ¡Por su amor! ¡Por tantas y tantas cosas que tras años de amistad habían ido juntos disfrutando y descubriendo! ¡Cómo la iba a dañar si era lo que más quería en el mundo!

Marina, en aquellos momentos, odiaba a sus padres, a sus hermanos; era un odio existencial que abarcaba el mundo entero. ¿Por qué no la avisaron antes de su compromiso, por qué no se lo dijeron con más tiempo? Ya le parecía, ya, que algo raro sucedía. La extrañaba tanta prueba, tanta compra, tanta amabilidad, tanto movimiento. ¡Por fin comprendía! Todos lo sabían menos ella, y todos guardaron absoluto secreto. Se lo comunicaron una semana antes de la boda, tiempo imprescindible para que realizasen su complicado traje.

Tantos años queriéndoles, sintiéndose feliz junto a ellos, y ahora, cuando más los necesitaba, la abandonaban. Marina, con lágrimas en los ojos y la respiración entrecortada, pedía a Fortún que huyera con ella, que la raptara. Fortún, mayor y más sensato trataba de calmarla.

Imposible, Marina, imposible. Vuestros hermanos nos buscarían y acabarían por encontrarnos. A mí me retarían por mancillar vuestro honor y acabaríamos batiéndonos en duelo. A vos, os encerrarían para siempre en un convento.

¿Y si le decís a vuestro padre que queréis casaros conmigo?

Ya se lo dije y hace tiempo que habló de ello con el vuestro.

¿Y qué le contestó?

Que tenían otra proposición anterior. Que no se ofendiera por ello, pero que habían concertado vuestro matrimonio con D. Diego, hijo mayor de D. Sancho Lope de Ugarte, heredero por mayorazgo del Señorío de Sopelana y Barrica.

¿Y por qué no aceptó la propuesta de vuestro padre?

Porque vos sabéis bien que yo no soy el mayor, y, por tanto, sólo recibiré la parte de la herencia de mi madre, o bien, la dote que quieran darme. Todavía no lo han decidido. Como veis, vuestros padres, mirando vuestro bien, han optado por lo mejor y más seguro para vos.

Pero vuestro padre es más rico y más poderoso que D. Sancho.

Sí, pero todo depende de lo que diga mi madre. Sólo testará a mi favor, si me caso con alguien de su gusto.

¿Y vos creéis que yo no la gusto?

Qué niña sois Marina. Creo que vuestros padres han actuado con juicio no avisándoos con más antelación de vuestra boda. Como veis, se han evitado muchos conflictos.

¡Pero yo sólo os quiero a vos!

III

¡Así que era la alianza de D. Diego lo que querían! ¡Cobardes! ¡Por qué no luchaban ellos solos, por qué no les dejaban tranquilos! Ninguno por separado se atrevía a enfrentarse con D. Munio.

De eso sólo fue capaz una vez su marido. Cierto que no hubo vencedores ni vencidos, pero la victoria la obtuvo D. Diego. La manifiesta inferioridad de su ejército, al comienzo de la lucha, fue hábilmente superada al infligir, por sorpresa, una dura derrota en la retaguardia del ejército de D. Munio. Fue una simple cuestión de estrategia, pero lo suficientemente importante como para dejar igualadas las fuerzas de ambos ejércitos.

Los enfrentamientos siguientes ofrecieron para ambos, resultados parecidos. D. Munio, privado de varios de sus mejores guerreros, tras el golpe asestado por D. Diego, veía cada vez más difícil y lejana la victoria. D. Diego, por su parte, alentado por el éxito de su incursión sorpresa, esperaba el momento más oportuno para poner en práctica otra de sus estrategias. Así estaban las cosas cuando el Señor de Vizcaya, a petición del Rey de Castilla, accedió intervenir como intermediario para conseguir el cese del conflicto. Los últimos condicionamientos para firmar la paz fueron aceptados por cada una de las partes en litigio. D. Diego concedió a su adversario la posesión de una estrecha franja de tierra en Barrica, la que hace límite natural con el acantilado, junto a la pequeña ermita. D. Munio, por su parte, cedió a D. Diego los bosques de robledales junto a la costa de Armintza.

Ambos contendientes quedaron, aparentemente, satisfechos. Su honor, su orgullo estaba a salvo, lo habían recuperado de nuevo. Por más vueltas que le daba, Marina no podía entenderlo. ¡Pero si no habían resuelto nada con la guerra, si todo continuaba igual que al principio! Recordaba confusamente lo sucedido aquel desgraciado día. La discordia venía de antiguo, inculcada por sus padres, pero explotó en la fiesta que el Señor de Vizcaya daba en su castillo. D. Diego y D. Munio alardeaban de sus posesiones: tierras, bosques, ganados, ferrerías, molinos, número de collazos, campesinos, rentas y tributos. Cada uno defendía, frente al otro, la superioridad de sus dominios. El fiel de la balanza se mantenía en equilibrio, dependiendo de las apreciaciones amigables u hostiles de los allí reunidos. Unos le daban la razón a D. Diego, los otros a D. Munio. Al final, cuando el peso estaba a punto de inclinarse por D. Munio, D. Diego, rojo de ira, proclamaba a vivo grito la

tenencia de otros haberes más importantes que los allí discutidos. ¡Quién osaba, quién podría medirse con él en fuerza, bravura, valentía! ¡Quién en vigor, arrojo, ingenio, gallardía! ¡Por la pureza de su sangre! ¡El orgullo de su linaje! ¡Por su alcurnia! «¡Decidme, mostradme a alguien que en tales haberes pueda igualarme!».

Marina veía todo rojo al recordar aquella época. Muertes y más muertes. Heridos y más heridos. Sangre. Todo teñido de sangre. Dolor. Imprecaciones. Lamentos. Gritos. Hambre. Mucha hambre. No era a la soledad, al pillaje, al abandono, lo que más temía, sino a aquella sucia, apestosa y contagiosa plaga de sangre y dolor; sangre y amputación; sangre y muerte. ¡Rojo!

Y ahora querían repetir de nuevo la magnífica hazaña, la formidable gesta. ¡Guerra de bandos! No podía parar quieta en ningún sitio. Se estrujaba las sienes, retorcía sus manos, abría y cerraba las puertas. ¡No habría oído bien! ¡Estaría confundida! Ya le parecía, ya, que vivían demasiado felices, demasiado tranquilos. Que la calma no podía durar tanto, que alguna desgracia les sucedería. ¡Pero tanta! Y así ¡junta!, ¡era excesivo! A su mente volvían imágenes de antiguos tiempos. También fue cruel que le sacaran de la casa de sus padres y, sin embargo, lo superó, no fue tan terrible. Aprendió a ser feliz en otro sitio. Marina dudaba. ¿Realmente se podía aprender a ser feliz? ¿Y cómo se lograba, había una clave especial para ello, o eran tonterías que se le ocurrían para no preocuparse, para pasar el tiempo? Recordaba las palabras de su padre: aquello que de verdad queremos, por difícil que parezca, acaba siempre por conseguirse; solo es cuestión de intentarlo, de proponérselo. Pero la felicidad, se preguntaba Marina, ¿podría conseguirse con la misma facilidad que aquellas otras cosas a las que se refería su padre? ¿Era ella feliz? ¿Y si lo era, cómo se las había arreglado si antes nunca se le ocurrió siquiera preguntárselo? ¿Acaso se propuso alguna vez ser feliz con Fortún? Nunca, y sin embargo... ¡cuán felices habían sido! ¿Y con su marido?... Pues quizá, sin saberlo... de alguna forma se lo propuso. Mas si no se hubiese enamorado de él, si no la hubiese conquistado, por mucho que lo hubiese intentado, no lo hubiera logrado. Por lo tanto, la

felicidad, su consecución, por un lado no era comparable con la de las otras cosas: era de distinto orden, de distinta naturaleza. Dependía de la suerte. La encontrabas sin buscarla, sin saber que existía. Pero por la otra, además de la suerte intervenía el esfuerzo, las ganas de encontrarla, conseguirla. Marina pensaba que ella era feliz, si no ¿por qué ese agarrarse a ella con fuerza? Aunque era consciente que exageraba. Había muchas formas de felicidad. Gente que era feliz sin estar enamorada. Estaba identificando, confundiendo ambos términos. Pero por más que lo intentaba, no podía comprender que se pudiera ser feliz sin estar enamorada.

Todavía se ruborizaba al recordar su noche de bodas. Era tan ingenua, tan niña, que no sabía que hacer en presencia de D. Diego. Ya se lo advirtió Fortún: tú no hagas nada. Lo que tú sabes; lo que nosotros hacemos, eso sólo es nuestro. Hasta que no me olvides no lo podrás hacer de nuevo. Y así sucedió, con D. Diego no hizo nada. ¿Cómo podía hacerlo si era tan opuesto a Fortún? Ni la persiguió por la habitación. Ni saltaron en la cama. Ni la ayudó a quitarse el hermoso camisón que aquella noche llevaba. Tampoco le sonreían los ojos cuando la miraba. Ni siquiera intentó voltearla rodando uno sobre otro por encima de las sábanas. Tampoco se le paró el corazón como cuando Fortún se acercaba. Al contrario, tuvo que agarrarlo para que no oyera su inusitada fuerza al trepidar. Después, el ruido de la lluvia la arrulló durante la negra noche hasta pasada el alba. Se despertó de repente, inquieta, asustada. A su lado, D. Diego, trataba de calmarla.

Sí... era muy tarde. Sí... hacía algún tiempo que amaneció. Sí... estaba profundamente dormida cuando el gallo cantaba. Pero ¿qué importaba? Estaban celebrando sus nupcias... no tenían que hacer nada.

¡Nada! Ya lo decía Fortún. ¡Nada!.. Fortún, ¿dónde estaba Fortún? Debía vestirse rápida, seguro que estaba fuera esperándola.

Y en efecto, allí estaba. Pero se hacía el desentendido. No la sonreía, no la miraba.

Fortún, ¡por Dios!, no me dejes sola, no te vayas. Tenías razón Fortún, no ha pasado nada.

Los ojos de Fortún, sus bellos ojos, la acusaban.

–¡Nada!

¡El amor sin nuestros juegos, Fortún, sin tus caricias, queda reducido a nada!

IV

Nerviosa iba y venía por la gran sala. En el centro, junto a la pequeña mesa de caoba, sentado junto a su sillón de cuero negro, D. Diego con disimulo la observaba.

Muy inquieta os veo Marina. ¡Par diez! Tranquilizaos de una vez y decidme que os pasa.

¡Qué me pasa, preguntáis, qué me pasa! ¡Como si conspirar, tramar una guerra, no tuviese la menor importancia! –exclamaba dolida.

¡Y qué queréis que hagamos –añadía comenzando a elevar el tono– que nos quedemos con los brazos cruzados contemplando cómo nos aplasta la desmedida ambición de D. Munio!

Sólo quiero que penséis las terribles consecuencias que para todos tendría semejante alianza –decía con inmensa tristeza en su mirada.

Vos sois testigo de que no he sido yo quien esta vez procurara la contienda –se disculpaba D. Diego.

Por eso me interesa conocer las intenciones que tenéis –insistía con terquedad Marina prosiguiendo su paseo –¡Decidme que no intervendréis! ¡Que no estáis seriamente comprometido! ¡Decidme que, al menos, por un tiempo lo pensaréis!

Y vos ¿de dónde diablos venís tan elegante? –la reprendía inquieto D. Diego– ¿De qué trataban, cuáles eran esas labores que os retenían? ¡Sabed que tenéis prohibido salir sola de casa!

De nada servirá D. Diego que os hagáis el ofendido para callar vuestra respuesta –aducía recobrando su dignidad– ¡Más bien qui-

siera saber yo los motivos que inducen a tantos nobles a unirse contra D. Munio!

¡Por fin queréis conocerlos! –añadía jactancioso– ¡Cuán caprichosa sois! ¡Mil veces intenté hacerlo y las mil me interrumpisteis! ¡Siempre creísteis que se trataba de mi antigua y personal aversión hacia D. Munio!

Puede que llevéis razón –consentía conciliadora Marina tomando asiento– más no comencéis otra discusión, os lo ruego, continuad con lo que ibais diciendo.

En un momento puso al corriente a Marina de lo que sucedía. Era muy sencillo. Se trataba de la defensa de dos tipos antagónicos de intereses. Por un lado, el de los habitantes de la Villa (con D. Munio a la cabeza). Por el otro, el de los habitantes de la Tierra Llana (nobles, hidalgos y campesinos). Ya se vería cual de los dos bandos se salía con la suya. Hasta entonces el comercio se había venido realizando siempre en la Villa. Allí acudían todos (habitantes de la Tierra Llana e incluso gentes de otras comarcas más lejanas) a comprar o vender libremente sin imposiciones tributarias, sus mercancías. Pero de un tiempo a esta parte, D. Munio había decidido privarles de semejante privilegio, por otra parte, otorgado desde antiguo y recogido en las leyes de su Viejo Fuero. No obstante –continuaba D. Diego– habían tratado de persuadirle utilizando otros medios. Habían recurrido ante los tribunales del Señor de Vizcaya, y habiendo éstos resuelto a favor de los hombres de la Tierra Llana, D. Munio, sin embargo se negaba a acatar la sentencia, alegando que no admitía que le dictaran qué debía hacer en su Villa. Y lo que era aún peor –proseguía excitado D. Diego levantándose de su sitio– hacía ya varios días que D. Munio había desplegado soldados por todo el condado, y sus tropas controlaban todos los accesos a la Villa. Pero además, había oído decir, que tenía importantes aliados provenientes del otro lado de la ría.

¡Qué decís, D. Diego! –exclamaba Marina asustada aprovechando una pausa en su discurso– ¡De allí provengo yo, allí vive mi familia!

No se refería a ellos –la puntualizaba D. Diego– pues D. Munio lo sabía y respetaba la neutralidad de sus hermanos. Se trataba de gentes que como él, tenían grandes intereses en las villas. Así podrían, si ganaba la guerra, beneficiarse también ellos imponiendo los tributos. Mucho se temían que interviniesen los Salazar, por la villa de Portugalete, y D. Lope Sánchez de Mena por la de Valmaseda.

–¡Y vos qué haréis –le preguntaba visiblemente afectada por lo que oía– todavía no me habéis contestado!

¡Y qué queréis que haga! –le decía ya harto D. Diego –¡Ahora soy yo quién os pregunta! ¿Acaso debo rehusar defender mis intereses? ¡Contestad, Marina, contestad! ¿Queréis que me siente y observe cómo los defienden otros por mí? ¡Acaso me creéis un mal nacido! ¡Me tomáis por un cobarde! ¡Ah, Marina, cuánto os gusta enfadarme! ¡Cuán poco me conocéis!

¡Basta ya basta! –rogaba yendo hacia él y tomándole con cariño las manos– ¡Cuánto os agrada el halago! ¡Cuán presuntuoso sois! ¡Quién osaría llamar cobarde al único que se enfrentó, que detuvo, que apunto estuvo de aplastar a tan poderoso enemigo!

Por eso mismo –aseguraba totalmente convencido soltándose de sus manos y agitándolas en lo alto– ¡Ahora sé muy bien cómo le puedo vencer! ¡Esta vez tened por seguro que le ganaré!

¡Cuánta pasión... cuánta vehemencia –exclamaba desesperada arrojándose de nuevo al sillón– ¡No se os ocurre pensar lo que será de mí... de vuestras gentes! ¡Nada, nada de ello os interesa! ¡Sólo vuestra ira, vuestro rencor... vuestro enconado odio hacia D. Munio! ¡Cuán ciego sois, ...cuán imprudente!

¡Y vos Marina, y vos! –gritaba D. Diego perdiendo el control mientras golpeaba la mesa con fuerza– ¡Tan instruida, tan sapiente! ¿Quién sois para juzgarme tan dura, ...tan libremente? ¿No sería mejor que en lugar de tanto hablar, entrometiéndoos donde una dama no debe, os esforzaseis un poco más en cumplir con vuestros deberes?

Guardad vuestras energías D. Diego –sentenciaba con acritud Marina– para luchar contra D. Munio, y no os olvidéis nunca que él es y no yo vuestro enemigo.

¡Pardiez, que no hay cuidado que os quedéis muda! ¡No sé cómo hacéis para tener siempre a mano la respuesta oportuna! Más por mucho ingenio que le echéis, habéis de saber –argüía con denodado ímpetu– que no cambiaré la decisión que adopté. Lo tengo decidido. Intervendré con mis aliados en la contienda.

Está bien, D. Diego –consentía a la fuerza Marina– acataré vuestra decisión ya que cambiarla no puedo. Y es más –con humildad añadía– haré cómo os gusta, me esforzaré desde ahora en dedicarme solamente a mis deberes.

Si, eso es lo que deseaban, a eso se reducía su labor en aquella casa: cumplir con sus deberes. Y los cumplía. ¡Cómo no! No había otro remedio. Pero a veces se cansaba y surgían cosas que no controlaba. Cosas tontas, pequeñas, que la delataban. Visitas sorpresa que la pillaban fuera de casa. Pequeños descuidos. Cosas que perdía y no encontraba. Labores eternas que comenzaban con ilusión y nunca acababa. Cuentas, gastos que a veces no conseguía que cuadraran. Y es que, en realidad, todo aquello no le gustaba. Lo hacía por amor, por el cariño que a todos profesaba. Para que no hubiese problemas. Para que D. Diego, al llegar, se encontrase a gusto en casa. Para que la hacienda prosperase. Para que la vida de sus gentes transcurriese con tranquilidad, sin sobresaltos. Más a veces no podía evitar que su mente huyera, divagara. ¿Adónde?... A otros tiempos, a otras tierras, a otras gentes. Donde pudiera hablar, donde su palabra fuera atendida... sopesada. ¿Para qué? Eso, ¿para qué la enseñó su padre a razonar, a defender y refutar argumentos? ¡Para nada, eso, para nada!

V

Marina fustigó a Brisbak con renovado ímpetu obligándole a acelerar el ligero paso hasta entonces mantenido. Tenía necesidad de volar, desintegrarse, olvidar las desgracias que últimamente la

venían persiguiendo. Borrar de su mente la frenética actividad en que D. Diego y sus gentes, con motivo de la guerra se hallaban sumergidos. Su entrar y salir incesante reclutando hombres, proveyéndose de armas, municiones, caballos... víveres y demás artilugios de guerra. Ignorar aquellas reuniones que sólo trataban de despliegues, tácticas, riesgos, estrategias. Desoír el irritante chirriar de la fragua, el batir de las espadas..., el silbar de las ballestas.

El galope de Brisbak iba de nuevo decayendo. Marina, más tranquila ya, contemplaba sorprendida la intensidad azulada del inmenso cielo, la repentina explosión de las fuerzas ocultas de la naturaleza. Todo surgía de nuevo. Otra vez, todo, nacía después de muerto. Decidió unirse a ellas, dejarse embargar por el exacerbado vigor de tan omnipotente diosa. Un ímpetu extraño la iba arrastrando hacia la orilla de la cercana playa. La marea estaba alta. También lo estaba el día en que D. Diego, recién llegada a casa, con orgullo la mostraba el confín de sus dominios.

Todo lo que habéis visto es vuestro, Marina. Para el final os he reservado una sorpresa: ¡mirad, adelantaos un poco!

Entonces la vio. Aquella inmensa y bella playa surcada por incansables y cimbreantes olas, que con insistencia agobiante, bañaban, impertérritas, la deslumbrante orilla.

Ahí la tenéis –decía orgulloso D. Diego contemplando satisfecho el intenso brillo de su mirada; la alegría de su sonrisa, abierta, franca.

¿Podría, quizá, darme un pequeño baño?

Y por qué no –consentía D. Diego, añadiendo– yo cuidaré que nadie os interrumpa.

Marina dirigiéndose a la orilla comprobaba, metiendo los pies, la temperatura del agua. Realmente estaba helada, pero qué importaba. Corría sin detenerse buscando el lugar más apropiado a lo largo de la playa. De pronto lo vio, sí, allí estaba. Era un lugar tranquilo, en el que la casual disposición de las rocas, interrumpía la extensa playa, formando una pequeña bahía. Allá a lo lejos, montado en su caballo y tirando de Brisbak por las riendas distin-

guía a D. Diego. Marina, sofocada, luchaba tratando de soltar los inacabables cierres de su corpiño. Nerviosa veía el progresivo, aunque lento, avanzar de su marido. Aún no alcanzaba a distinguir que venía sonriendo. Con decisión, sin detenerse, corrió hacia la orilla. De un salto, sin pensarlo, atravesó buceando la primera ola que directamente a su encuentro venía.

D. Diego, asustado, a gritos la llamaba desde la orilla. Por primera vez, comenzaba a jugar con él. En la cresta de la ola le oía, le veía. Cuando ésta descendía, Marina, dejándose mecer, bajaba también y le perdía. De nuevo le volvía a ver. D. Diego decidió armarse de paciencia y esperar que cansada de su juego saliera del agua.

En realidad, comenzaba a entrever que algo curioso, distinto, le sucedía. ¿Qué hacía un hombre de su talla consintiendo los caprichos de una chiquilla mimada? ¿Sería capaz Marina de adaptarse algún día y desempeñar con dignidad el papel que su nuevo rango exigía? Algo impidió que su mente continuara entreteniéndose en tales temas. Fue, sin más, una premonición, un presentimiento. Una corriente extraña, con infinita fuerza, jugaba con él, impulsándole a su pesar, hacia la pequeña hechicera. D. Diego fue incapaz de sustraerse a la atracción que ejercía sobre él tan bello maleficio. No recordaba nada, sólo que se acercaba, la alcanzaba, que juntos desde la orilla reptaban hacia arriba, donde la arena quemaba. Marina murmuraba, quedamente protestaba. D. Diego la envolvía.., la arrastraba... primero con suavidad, al igual que el mar cuando está en calma. Con un poco más de brío después... como cuando empieza la resaca. La galerna, al final, como cuando huracanado el viento sopla y expande la arena en la playa.

Sí, para D. Diego vivir era jugar con plena libertad el juego de la muerte; someterse y acatar, aceptar sin rechistar imposición tan arbitraria. Hasta el extremo, siempre. Admitir disfrutando placer y dolor, calma y pasión, nacimiento y destrucción. Muerte. Incluso retándola.

Marina se rebelaba contra concepción tan audaz de la vida. Aunque ella también gustara del riesgo era más moderada. La

agradaba creer que, en cierta medida, podía prever, anular, favorecer los momentos de felicidad, de placer, de calma y pasión. D. Diego tomaba sin pensar los placeres que la vida le daba. Hacía lo que debía hacer, lo que se esperaba que hiciera un hombre como él. Y eso bastaba.

El sol, en lo alto, la conminaba a volver a casa, mas no se decidía pues un profundo pesar la embargaba. Añoraba los días felices en que D. Diego la llevaba a recorrer los extensos campos; o aquellos otros en que más despacio, apenas le mostraba el inicio de los pequeños y frondosos bosques, albergue de peligrosas fieras y alimañas. Pero lo que más le gustaba era, al galopar, escuchar el sonido seco de los cascos golpear con precisión la orilla de la playa. Y por qué no, también añoraba los tiempos de desgracias. En realidad, ambos tiempos siempre juntos caminaban. ¡D. Diego, D. Diego! ¡Por qué le gustaba defraudarla cuando más enamorada estaba! ¡Por qué le era infiel! ¡Por qué la engañaba! Era la costumbre –alegaba él mirándola con gravedad desde su altura elevada– ¡Tenía sus amantes antes de que ella llegara, no podía, así... sin más ni más... abandonarlas! ¡Pero al menos podría –recomendaba airada Marina– al igual que hacían otros nobles... alojarlas fuera de la casa!

Marina, sin nadie a quien acudir, humillada, lloraba de rabia. Recordaba aquel día en que con engaño, faltando D. Diego de la casa, mandó a dos de sus soldados que la escoltaran mientras cumplía lo que su esposo antes de su partida la ordenara: con autoridad... por fin logró despachar a aquellas mujeres de su casa. Todavía no entendía como había sido capaz de tal audacia. Debió estar loca. Ahora, con el tiempo, comprendía que estaba, sin remedio, enamorada. Después, a su regreso... de milagro evitó que su esposo no le rompiera la cara. Es más, soportó durante una semana D. Diego, indignado, no la dirigiera una sola palabra. Al final, viendo que ella tampoco le hablaba, penetró en su habitación furioso. Forcejeaba, la zarandeaba... mas Marina, indefensa, ni siquiera intentó oponer resistencia. A veces se sorprendía pensando que le gustaría, quizá, alguna vez, que de nuevo de aquella brutal forma la tomara.

VI

Por fin, ya faltaba menos –pensaba Marina de regreso a casa tomando el sendero colindante a las tierras de D. Munio. Mas un leve estremecimiento recorrió su cuerpo al percibir extrañada el inusual silencio que allí reinaba. Algo debía suceder ¡algo pasaba! Atenta, siguió a su pesar avanzando. De pronto oyó con claridad que con prudencia, desde el otro lado del seto, la llamaban:

¡Marina! ¡Marina! ¡Deteneos! ¡Por Dios! –soy D. Munio, añadía viendo que aceleraba.

¡D. Munio! –exclamó al momento reconociendo su voz– ¿qué queréis? –añadía desconcertada– ¡Sabed que esta vez no puedo detenerme!

Necesito hablar con vos –agregaba él misteriosamente– es muy urgente.

Lo siento, tendréis que esperar... hasta mañana. Os veré en este mismo lugar... a primera hora –indecisa le contestaba.

¡Imposible! –gritaba ahora con fuerza D. Munio– ¡Deteneos! ¡Por Dios, no lo pongáis tan difícil! ¡Detenedla!

Pero Marina ya no le oía. Azuzando su caballo intentaba alcanzar con la máxima rapidez el cercano cruce de caminos. Mas en vano... varios hombres más adelantados, viniendo de frente a su encuentro trataban de impedirlo. Acorralada, intentó eludirlos haciendo que Brisbak saltara la valla que separaba ambos términos, mas la altura era excesiva y pequeña la distancia.

Cuando despertó no recordaba nada. Gentes extrañas la rodeaban... le dolía todo el cuerpo... le daba vueltas la cabeza. ¡La cabeza!, tocándola pudo comprobar que estaba cubierta por una valla. Entonces lentamente, comenzó a vislumbrar lo que había sucedido. Alguien, con sumo cuidado, tomaba su mano y le recomendaba prudencia. Sí, era una voz que recordaba... vagamente. Poco a poco aquellas borrosas figuras iban tomando consistencia. Al observarlas con detenimiento, dentro de lo que su situación permitía, creyó advertir que había un doctor entre los presentes.

Después oyó de nuevo aquella enigmática voz ordenando que salieran. Con gran esfuerzo miró tratando de buscar su procedencia. A su izquierda, tapado a medias por el dosel de su cama encontró que la llamaban los profundos ojos de D. Munio:

¡Marina! –le decía con voz emocionada acercándose a ella– ¡Por fin habéis despertado de vuestro largo sueño, más no habléis... aún estáis débil... no os conviene hacer esfuerzos!

Despaciosamente D. Munio le explicaba los motivos por los que se encontraba en su casa:

¡Recordáis la guerra, Marina, esa terrible guerra que vuestro esposo y sus aliados preparaban contra mí!

¡La guerra –musitaba débilmente Marina– la había olvidado!

Pues bien –agregaba con calma D. Munio– la situación había cambiado. En pocas horas habían sucedido acontecimientos inesperados. Se trataba de conflictos más relevantes que los suyos. Esta vez, los antagonismos se producían entre los Reinos de Navarra y Castilla. El Monarca Navarro había requerido a su esposo, D. Diego, primo segundo suyo y alférez de su ejército, para que junto con sus hombres le ayudase en la contienda. Inútil había sido que D. Diego, alegando preparar otra guerra, tratara de negarse. Por todos era conocida la influencia que el Monarca ejercía sobre él, y la esplendidez con que correspondió siempre a sus favores. De todas formas –continuaba D. Munio– por el momento, aunque preparaban sus armas, parlamentaban intentando llegar a un acuerdo.

Y qué relación tiene esto conmigo –preguntaba Marina aprovechando el silencio de D. Munio–, pues mucho –aseguraba él continuando su relato–, comprenderéis que vuestro esposo, entendiendo que no podía estar a la vez en dos lugares diferentes, se había visto obligado a romper el pacto acordado anteriormente con los nobles de las comarcas vecinas. Todos aceptaron su resolución menos los Butrón, sus primos. Estos, sabiendo que no podrían vencerle a él –a D. Munio– sin la ayuda de D. Diego, habían decidido presionarle atacándole en el punto más vulnerable –y

tomándola de la mano añadía–: «me estoy refiriendo a vos, Marina». –Os tenían preparada una celada en el cruce de caminos.

El sendero –inquiría Marina con un leve parpadeo.

Exacto –continuaba D. Munio– él sólo quería prevenirla del peligro que corría. Mas temiendo que le desdeñase –como en efecto hizo– había ordenado a sus hombres que la detuvieran. ¡Pero quién iba a imaginar que reaccionaría de semejante forma! –reía, ya, de buena gana D. Munio añadiendo–:

Lo saltasteis, Marina, caisteis del otro lado del seto.

¿Si? –decía sonriendo mientras un fuerte tirón la desgarraba de dolor el cuerpo– mas, cara me costó mi osadía.

No digáis eso –la reprendía con suavidad D. Munio– gracias a ello puedo teneros ahora conmigo. Imaginad qué habría pasado si no hubiéseis saltado o si yo no hubiese interceptado vuestro paseo...

¡Mi paseo! –se horrorizaba Marina– ¡Cómo explicaré... qué diré a mi marido... cuándo podré al fin regresar...

Olvidaros ahora de eso –le aconsejaba con gravedad D. Munio–... no tenéis que explicar nada. Con lo que yo explique, basta

VII

Marina, escoltada por los hombres de su marido, cabalgaba finalmente de regreso a casa. Se diría que era otra y no ella quien volvía: más pálida, más distante, más delgada. Su ondulante cabellera, cayéndole en cortina a ambos lados de la cara y recogida como por descuido en la nuca, acentuaba el óvalo de su rostro, la intensidad de su mirada.

D. Diego desde la ventana, sin que le vieran, observaba su llegada mientras por su mente rondaban las palabras con que los mensajeros le anunciaron la terrible desgracia. La información fue escueta y rápida: «Su esposa, cayéndose del caballo, se encontraba en grave estado. La recogieron desmayada en el sendero y la lle-

varon con urgencia a la Villa, dado que en ella ejercían doctores de fama reconocida. Uno de los que la atendieron reconociéndola enseguida les informó del nombre de la dama. Mas siendo su estado muy delicado y temiendo un desenlace fatal, habían prohibido que se le moviera del lugar donde se encontraba. D. Munio al saberlo les envió para avisarle de tan triste noticia y para enterarle de que sería bien recibido siempre que quisiera acudir a verla».

D. Diego herido en lo más hondo de su orgullo no se dignó jamás visitarla, mas cada día enviaba mensajeros para interesarse por su salud, para conocer el día de su regreso.

La recibió de pie junto a su sillón de cuero negro:

Por fin aparecéis Marina, como marido vuestro debo daros la bienvenida –se dirigía a ella en tono incisivo, cortante– mas sabed que, en verdad, jamás creí que volviera a veros. ¡No sé cómo osáis, después de lo sucedido, poner los pies en mi casa!

Marina dejaba que se desahogara, mientras en silencio repasaba los tapices, las estanterías, los adornos... todos los objetos de los que tan gratos recuerdos guardaba. Mas viendo que D. Diego callaba le suplicaba asustada:

No os enfadéis, os lo ruego. Sé muy bien que no es verdad lo que decís, que sólo os mueve a ello el despecho que en este momento sentís.

Pues estáis equivocada –le replicaba furioso– ¡Esta vez no perdonaré lo que habéis hecho conmigo! ¡Sabed que me habéis expuesto al ridículo mayor que jamás imaginara hombre alguno! –y rechinando los dientes de rabia, añadía–: ¡Solo a vos se os puede ocurrir caer desmayada en los brazos de semejante canalla! –y zarandeándola con fuerza agregaba–: ¡Sabed que de ahora en adelante tenéis absolutamente prohibido salir de la casa. Si lo hacéis, no os extrañéis de encontrar a vuestro regreso todas las puertas cerradas! ¡Estáis avisada!

Marina sabiendo que no podría resistir permanecer siempre encerrada, reuniendo todas sus fuerzas en un último intento de entendimiento, con hilo de voz preguntaba:

...¿Cambiaríais de opinión... permitiríais que cabalgara si vuestros hombres me escoltaran...?

Mas D. Diego, viéndola palidecer y temiendo que perdiera el sentido la tomaba en sus brazos evitando que cayera al suelo desplomada.

VIII

Marina, tras la ventana de su casa, veía pasar los días, las horas, las semanas. Dos meses de quietud, reposo y calma. D. Diego, manteniendo su prohibición, le negaba día tras día salir de casa. Los médicos desorientados, culpaban al accidente de su delicada salud, de sus leves desmayos. Mas ella sabía bien lo que le pasaba. Necesitaba pensar, reflexionar. Debía encontrar de nuevo la paz, ...la felicidad, ...la calma. Mas le resultaba imposible lograrlo encerrada en aquella casa. Debía actuar y rápida. No podía continuar esperando que D. Diego marchara a luchar a Navarra. ¡Qué importaba ya, qué más daba lo que él hiciera! Pensó que allí estaba de más... que sobraba. Decidió partir de mañana, con el alba.

De nuevo llovía, Marina, ataviada con sus mejores galas y protegiéndose de la lluvia con su gruesa capa, por última vez, observaba como Igor, con su meticulosidad acostumbrada, se esforzaba en asegurar la cincha de la silla. Una enigmática sonrisa atravesó su rostro mientras ponía el pie en el estribo y tiraba con decisión de las riendas. Nada, ya, podría detenerla: ni los campos y caminos embarrados, ni el horizonte oscuro y amenazador, ni el monótono sonar de la lluvia estrellándose contra el suelo.

Más que galopar, volaba por el sendero. Atrás quedaba su casa, sus gentes, su tierra... Todas aquellas cosas a las que se entregó con amor, con ilusión, con esmero. Sin embargo, ¡cómo la defraudaron... qué poco la entendieron! El amargo sabor de sus lágrimas se introducía, levemente, por la comisura de sus labios. Quizá –recapitulaba llorando– les exigió demasiado. Debió trata de olvidar lo que aprendió con su padre: aquellas cosas que pocos hombres sabían... cosas totalmente prohibidas... inaccesibles para cualquier mujer.

Esta vez eligió a propósito el desvío de la derecha. Era el lugar más adecuado para testimoniar lo que allí la había llevado. Mas ignoraba que alguien, oculto tras los árboles le observaba. Frenando el rápido galope de su caballo, con habilidad, lo condujo hasta el acantilado.

Absorta contemplaba la inmensidad del insondable océano. La bravura de sus olas golpeando furibundas la solidez punzante de las escarpadas rocas. A lo lejos, la nada, el silencio. Escuchaba la lúgubre voz de su llamada. Debía ser fuerte y acudir al lugar que su indignidad exigía que ocupara. Acá, no había sitio para ella. Mas algo en sus entrañas la gritaba que viviera. ¡Qué hacer! ¡Cómo podría continuar viviendo sin honor, sin honra, sin apellido! ¡Había mancillado su linaje! ¡Jamás le perdonaría su familia! Ofuscada, recordaba las últimas palabras de D. Munio:

¡Marina, por Dios, no os vayais... quedaros a vivir conmigo!

Y su respuesta:

...Imposible... sólo conseguiría complicar aún más vuestra vida.

No podré ser feliz con otra mujer... después de haberos conocido.

Se marchó creyendo que su honor le exigía regresar junto a D. Diego. Ignoraba que dentro de ella latía un nuevo corazón, una nueva vida. ¡Qué ironía! Tantos años buscando... queriendo tener un hijo, y justamente ¡ahora!, cuando notaba sus efectos, debía renunciar a tan fantástico regalo... a tan maravilloso sueño. ¡Qué crueldad! ¡Qué ignominia! Alterada, sintiendo aquella terrible opresión que la dejaba sin respiración, sin sentido, espoleaba incitando a saltar a Brisbak hacia el profundo vacío. No oía que galopando veloz hacia ella alguien le llamaba... que a gritos se interponía entre su montura y el abismo. Finalmente la recogió impidiendo que cayera desmayada del caballo.

AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIAKO UDALA

SERVICIOS DE CULTURA Y EUSKERA
KULTURA ETA ZERBITZUAK EUSKARA

BEL·ONAK

PATROCINA/BABESLEA:

CAJA PAMPLONA
Caja de Ahorros Municipal de Pamplona